



**HAL**  
open science

**Cuando las revistas de la Transición hacen historia.  
Algunas reflexiones sobre divulgación y conocimiento  
histórico del exilio republicano**

Aránzazu Sarría Buil

► **To cite this version:**

Aránzazu Sarría Buil. Cuando las revistas de la Transición hacen historia. Algunas reflexiones sobre divulgación y conocimiento histórico del exilio republicano. La Historia, Lost in Translation? XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Sep 2016, Albacete, España. hal-02145143

**HAL Id: hal-02145143**

**<https://hal.science/hal-02145143>**

Submitted on 14 Jun 2019

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

# CUANDO LAS REVISTAS DE LA TRANSICIÓN HACEN HISTORIA. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE DIVULGACIÓN Y CONOCIMIENTO HISTÓRICO DEL EXILIO REPUBLICANO

ARÁNZAZU SARRÍA BUIL  
*Université Bordeaux Montaigne*

## Resumen

Este artículo parte de un interés por estudiar la relación entre los historiadores españoles de los años 70 y la sociedad que se estaba configurando en el tránsito de la dictadura del general Franco a la democracia. Pretende abordar la tarea de divulgación del conocimiento de la historia reciente de España desempeñada por una parte de la profesión gracias a su colaboración en dos revistas de la época: *Tiempo de Historia* (1974-1982) e *Historia 16* (1976-2008). Ambos proyectos editoriales, concebidos en un contexto de afirmación del periodismo crítico y de emergencia de la opinión pública, dan cuenta del momento de renovación historiográfica por el que atraviesa la disciplina histórica debido a la influencia del enfoque epistemológico y metodológico de la historia económica y social. Se trata de mostrar cómo ambas revistas reunieron a una serie de plumas interesadas en el estudio del exilio republicano español de 1939 contribuyendo así a la salvaguarda de la experiencia exiliada y a su valoración en tanto que referente del proceso de construcción democrática en ciernes.

*Palabras clave:* Transición, historiografía, divulgación, *Tiempo de Historia*, *Historia 16*, periodismo, exilio republicano.

## Abstract

This article starts from an interest in studying the relations between Spanish historians from the 1970s and the society that was being taking shape in the transition from Franco's dictatorship to democracy. Its aim is to focus on the dissemination of knowledge of recent history of Spain by parts of the profession involved in collaboration activities with two journals of the period: *Tiempo de Historia* [Time for History] (1974-1982) and *Historia 16* (1976-2008). Conceived in the context of an emergence of critical journalism and enlargement of public opinion, both editing projects account for the influence of social and economic history as epistemological and methodological perspectives. The article shows how both journals gathered together a series of authors interested in the study of the Republican exile of 1939, thus contributing to keeping the experience of exiles and to their social value as referents in the ongoing process of building of democracy in 1970s Spain.

*Key words:* transition, historiography, dissemination, *Tiempo de Historia* [Time for History], *Historia 16*, journalism, Republican exile.

## INTRODUCCIÓN

Relatar el pasado colectivo siempre es tarea que resulta de la necesidad del ser, en su doble dimensión humana y social, de conocer su historia. El actual interés que una sociedad como la nuestra expresa por comprender el pasado más reciente responde a una situación de búsqueda de sentido en el contexto de crisis de los grandes paradigmas que caracteriza nuestra época. El vacío que estos han dejado y la insatisfacción provocada por discursos hegemónicos carentes de perspectiva e incapaces de aportar herramientas para hacer frente a los cambios de las últimas décadas, ha generado una demanda de nuevas narrativas en el espacio público. A menudo formulada como exigencia social, esta demanda se ha visto acompañada de una diversidad de usos del pasado acorde con una multiplicidad de actores, que viene a confirmar la pérdida de exclusividad del historiador, en tanto que miembro de un grupo profesional, a la hora de producir saberes y construir discursos sobre tiempos pasados (HARTOG y REVEL, 2001; PASAMAR, 2003: 221-248; FORCADELL, 2008: 35-55).

Lo que desde el ámbito académico ha sido entendido como una disminución de la influencia de la historia, no se debe a un menor interés de la ciudadanía hacia esta especialidad, sino más bien a la capitalización del mismo por los medios de comunicación. No obstante, esas mismas sociedades en las que el desarrollo de la comunicación mediática ha alterado la percepción que el individuo tiene de su relación con el tiempo y el espacio, reclaman opiniones expertas en el conocimiento del pasado, lo que pone sobre la mesa la cuestión del papel social del historiador. Voz autorizada y vector de una nueva cultura contemporánea de masas, su reclamo ha sido interpretado como el intento de anclaje en un mundo en el que los referentes temporales están en continuo movimiento (ROUSSO, 2012: 172). Parece por ello pertinente preguntarse por la relación que mantienen los historiadores con la sociedad de la que forman parte y por el tipo de historia que escriben cuando el interlocutor no es el propio ámbito académico. Ello invita a reflexionar sobre los vínculos entre divulgación y especialización historiográfica y a valorar la incidencia que la cuestión de la receptividad social tiene en el estado de salud y afianzamiento de la historia como disciplina. Estos mismos interrogantes trasladados a un período ya pasado son los que motivan la escritura de este texto.

El punto de partida es la relación que mantuvieron los historiadores profesionales de los años setenta con la sociedad que se estaba configurando en el tránsito de la dictadura de Franco al proceso de transición hacia la democracia. Se trata de un intento de analizar en qué medida fueron capaces de conectar los intereses que orientaban su propia producción con las necesidades y expectativas sociales de la época, esto es, valorar su intervención pública a través de los relatos históricos que pusieron al servicio de la sociedad. Pero también si esa tarea de divulgación hizo posible que el conocimiento del pasado se convirtiera en una herramienta útil para generar pensamiento y proponer categorías con las que hacer frente al escenario de cambio político que caracterizó el proceso transicional. Dicho de otra manera, su contribución a la elaboración de un nuevo discurso de ámbito nacional en un período en el que lo que se estaba dirimiendo era la legitimidad del que se había heredado del franquismo.

Para ello presentaremos el tipo de dispositivo que les permitió introducir su actividad de historiar en el medio social, esto es, la tribuna desde la que crearon un espacio destinado a divulgar conocimiento histórico. Hemos decidido centrarnos en dos publicaciones mensuales que comparten además del objeto de estudio, el haber sido ideadas y dirigidas por periodistas: *Tiempo de Historia* (1974-1982) e *Historia 16* (1976-2008), dos experiencias editoriales que surgen en el panorama de la prensa periódica de la época y cuyas trayectorias dan cuenta de las transformaciones del universo mediático en el último cuarto del siglo XX. Considerando la importancia que en la tarea divulgativa adquiere el momento y la modalidad en que se enuncia el relato, abordaremos los orígenes de estas dos empresas desde una perspectiva a su vez doble: insertándolas en el cambiante mercado editorial de los años setenta, en un contexto de afirmación del periodismo crítico y de emergencia de la opinión pública; y teniendo en cuenta el momento de renovación historiográfica por el que atraviesa la disciplina y que supone la creciente influencia del enfoque epistemológico y metodológico de la historia económica y social.

A la hora de elegir las temáticas abordadas por los historiadores en su vínculo con las expectativas sociales de esos años –y dadas las limitaciones formales de este trabajo–, hemos evocado

muy brevemente el tratamiento que ambas revistas hicieron del exilio español de 1939. Por ser uno de los aspectos más determinantes en la construcción de ese discurso nacional en ciernes que entronca con el trauma de la guerra civil, comprender cómo se divulga el estado de los estudios de la diáspora republicana nos parece decisivo. Pero además porque el tiempo del análisis coincide con el momento de cierre del ciclo que supone el retorno de los exiliados y el rescate de la memoria de la vivencia desterrada. Este presupuesto temporal que subyace a la escritura de la historia conlleva la irrupción de la experiencia del tiempo en el discurso histórico.

Razones que nos llevan a proponer unas breves reflexiones a partir de una selección de artículos publicados entre la aparición de cada una de las revistas y diciembre de 1978, cuando la aprobación del texto constitucional define la monarquía parlamentaria como forma de Estado, poniendo así fin a la cuestión de la legitimidad republicana en la afirmación de un estado democrático de derecho. Además en su artículo 20.d. la Constitución recoge “el derecho a comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión”, un logro que abría la puerta a la liberalización del mercado español de la comunicación al tiempo que redefinía el papel del Estado que normalizaba sus relaciones con los medios. Tras casi cuarenta años de ausencia de libertad de prensa ponía fin a su protagonismo en el control del sistema para privilegiar la regulación del mismo (LAGUNA PLATERO y MARTÍNEZ GALLEGO, 2013: 176).

## 1. UN PERIODISMO INTERESADO EN LA HISTORIA

Las dos publicaciones que constituyen el objeto de este estudio son el resultado de proyectos editoriales pensados y realizados en el seno de empresas periodísticas. Empresas que apostaron por la elaboración de semanarios de contenido político y crítica al régimen aun cuando por motivos de control informativo se vieron obligadas a mostrarse como revistas de información especializadas en otros ámbitos. Recordemos que el nuevo marco creado por la Ley de prensa de 1966 hacía de las suspensiones y los secuestros el arma más temida entre la profesión por lo que la búsqueda de un equilibrio en la relación entre fondo y forma se había convertido en un desafío permanente. Si el uso del lenguaje significaba una exigencia en las redacciones con las consecuentes dosis de autocensura, el formato de revista parecía ser una modalidad del ejercicio periodístico más acorde que el diario con las necesidades del momento (PERCOURT, 2008: 42-43). En efecto, la frecuencia semanal o mensual favorecía la práctica de un periodismo crítico con artículos de mayor extensión y más elaborados, pero también permitía que la publicación estuviera menos expuesta a las consecuencias económicas de las posibles dificultades que la aplicación de la ley pudiera ocasionar.

*Tiempo de Historia* surge de una idea que el periodista José Angel Ezcurra fue madurando durante su actividad como director en el semanario de información general *Triunfo*. Esta publicación que había comenzado su itinerario en Valencia en febrero de 1946 como una revista dedicada a los espectáculos, al deporte y a la información taurina –según el oficio de la Delegación Nacional de Prensa– había emprendido una segunda vida tras la fundación en marzo de 1962 de Prensa Periódica S.A (Prensaper) (EZCURRA, 1995: 369 y 389). Se trataba de una etapa en la que *Triunfo* evolucionaba hacia posiciones cada vez más críticas con respecto a la política del régimen, alcanzando su “época de las luces” entre el año 70 y el año 76. A lo largo de esta década la actividad periodística del equipo de colaboradores pretendió responder al objetivo de afirmarse como un medio de expresión en el que las ideas primasen sobre los condicionantes económicos. Como relata su fundador: “*Triunfo* sería una tribuna desde la que, como designio ideológico, se estimularía la libertad de crítica, el libre examen [...], utilizaría preferentemente las vías culturales para explicar la libertad” (EZCURRA, 1995: 506-507). La práctica de estos principios hizo del semanario una publicación legendaria del período final de la dictadura, por su capacidad de representar un tipo de periodismo de calidad que sin sacrificar la pluralidad de opiniones conseguía hacer las veces de frente de oposición antifranquista.

Por su parte, la revista *Historia 16* pertenece a la empresa editora Información y Publicaciones S.A (Impulsa), sociedad creada en mayo de 1971 por un grupo de dieciseis socios bajo el impulso del periodista Juan Tomás de Salas. El principal objetivo de la empresa que abarcaba tanto la labor periodística como la editorial no era otro que desmarcarse de la práctica del periodismo de entonces albergando otra forma más moderna y actual. Un desafío al que sin duda contribuyó la

influencia de modelos extranjeros (*The Economist* y *Time*) y la diversidad de experiencias recabadas en el medio periodístico de la propia trayectoria de Salas donde se encuentran publicaciones como el semanario *España Económica*, la revista *SP* y los intentos periodísticos impulsados desde el Frente de Liberación Popular (FLP) del que fue militante (DÍAZ DORRONSORO, 2010: 55, 50-51).

El resultado de tal propósito y de este bagaje en la profesión será el semanario de información económica y social, *Cambio 16* cuyo primer número saldrá a la calle en noviembre de 1971 para convertirse en pocos años en una de las experiencias editoriales más valoradas de la época: exitosa en término de ventas, significativa de un tipo de práctica periodística que rompía con la de la prensa oficial, e influyente por su contenido político que, sobre todo a partir de 1974, resultó decisivo en la conformación de una opinión pública favorable al proceso de modernización y de cambio. Una posición de liderazgo que ha sido explicada por la inteligencia del semanario para ser el reflejo de una sociedad cambiante (GARCÍA MARTÍN, 2013: 1329-1331), aunque entendemos que quizás sea más adecuado considerar su papel como agente de socialización política pues el acierto estuvo en su capacidad de articular un discurso con el que un sector de la población pudo identificarse y que terminó haciendo suyo.

Los estudios dedicados a la prensa de la época y de manera más general la importante historiografía sobre la transición no ha dudado en destacar el papel desempeñado por ambas publicaciones en favor de la democracia (RENAUDET, 2013; QUIROSA-CHEYROUZE y MUÑOZ, 2009). Se entiende así el protagonismo de estos equipos de periodistas que apostando por un distanciamiento del régimen no se limitaron a plasmar un sentir social sino que anticiparon y fueron precursores del proceso de alejamiento con respecto al franquismo experimentado por una parte importante de la sociedad española a lo largo de la década de los setenta. En esa tarea pionera los semanarios *Triunfo* y *Cambio 16* comparten aspectos esenciales que hacen de ellos referencias de la prensa de la época. Ambos son considerados ejemplares en el ejercicio de un periodismo de calidad que aunque surgido bajo control ministerial es reconocido por la capacidad de desarrollar estrategias discursivas que compensaran la falta de libertad de expresión, así como por la calidad informativa de sus artículos y el prestigio de sus firmas. Por ello son expresiones ineludibles de una concepción del periodismo crítico que se representa a sí mismo como terreno de batalla contra la dictadura y espacio de reivindicación de libertades. Pero además, ambos consiguieron imponer su estilo en el panorama mediático en el que fueron concurrentes, lo que significa que contaban con un lector que al compartir una línea editorial definida se posicionaba ideológicamente contra el régimen en un país sin garantías constitucionales. La tirada de cada uno de los semanarios muestra la acogida de este tipo de desafíos periodísticos que respondían a la asfixia informativa, proponiendo órganos de expresión innovadores en la forma y en el fondo donde poder diferenciar noticia y opinión.

Lo que resulta interesante es que, a pesar de sus diferencias, el recorrido de estas dos aventuras editoriales llevó a que sus fundadores se preguntaran por el lugar que en un presente deseoso de actualidad debía ocupar el pasado más reciente. En ese momento la oferta editorial en materia de divulgación de estudios históricos era más que limitada, pues se reducía a una publicación semanal creada en 1968 en Barcelona, *Historia y Vida*, filial de *Gaceta Ilustrada* y vinculada al grupo de prensa catalán *La Vanguardia*. Dirigida entonces por el periodista Néstor Luján, la revista no descarta el tratamiento de temas delicados, como la Segunda República y la Guerra civil, aunque lo hace en el respeto de las aportaciones de la historiografía franquista y del marco de las restricciones impuestas por la Ley Fraga. Así, los premios *Historia y Vida* entregados en Madrid el 12 de marzo de 1975 con motivo del concurso de relatos de la Guerra Civil Española contó con un jurado compuesto, entre otros, por el historiador oficial del régimen Ricardo de la Cierva y el periodista próximo ideológicamente Luis Romero.

Prensaper, la empresa dirigida por José Angel Ezcurra, fue la primera en introducirse en la nueva brecha en diciembre de 1974, a la que seguirá *Impulsa* en mayo de 1976. Una distancia de casi año y medio separó la aparición de las dos revistas, lo que evidentemente tuvo una clara repercusión en las condiciones de preparación, constitución de colaboradores y enfoque, tal y como queda reflejado en las intenciones formuladas por los dos editoriales: en la línea combativa antifranquista propia del final de la dictadura en la primera, como medida para evitar el riesgo de adanismo en la sociedad transicional en la segunda. En ambos casos, el conocimiento histórico es considerado un útil necesario en la tarea de la construcción democrática, como veremos a



continuación.

## 2. DE LA ACTUALIDAD AL PASADO: DECLARACIÓN DE INTENCIONES

Los orígenes del proyecto *Tiempo de Historia* (TdH) están directamente asociados a la trayectoria de *Triunfo* y al estado de finanzas de Prensa Periódica, como lo estarán las circunstancias de su cierre, pues las dos publicaciones dejaron de existir en el mismo momento y por las mismas razones. José Angel Ezcurra precisa la importancia de un contexto económico favorable a la empresa editora para explicar la gestación de la nueva idea de revista a partir de la acumulación en la redacción de *Triunfo* de originales relacionados con temas históricos. La llegada de este material respondía, según el director, a una tendencia fomentada por la propia revista desde mediados de los sesenta que consistía en recurrir a determinados hechos del pasado para ejercer una crítica ideológica del presente (EZCURRA, 1995: 608; PLATA, 1999: 124-128). Ese valor metafórico de la historia que respondía a la dinámica opositora de la publicación tenía en el periodista Eduardo Haro Tecglen a uno de sus principales valedores, interesado en escribir sobre el período de la República y la guerra civil en un intento de rescatar del silencio y la deformación estos episodios de la historia de España. El primer número de *TdH* salía a la calle en diciembre de 1974 bajo su dirección.

La nueva revista de historia aparecía con un título inspirado en la emblemática novela de Luis Martín Santos, *Tiempo de silencio* (1962), una portada de la represión de la revolución de Asturias –compuesta en su mayor parte por una fotografía de legionarios entrando en el centro de Oviedo–, y con el convencimiento de responder a una necesidad, la de ofrecer un tratamiento del pasado distinto al propuesto por la versión oficial de la historia. En la presentación de Haro Tecglen la reflexión aludía indudablemente a la historia del siglo XX español y al uso político que el régimen había hecho de ella. Sin esperar la desaparición física del dictador, había llegado la hora de divulgar los resultados de la práctica crítica del ejercicio de historiar, consistente en cuestionar el monopolio narrativo y desmontar mitos, fundamentos sobre los que reposaba la historia oficial (HARO TECGLEN, dic. 1974: 4).

Tras treinta y cinco años de dictadura las repercusiones de la manipulación del pasado eran incuestionables: un régimen carente de legitimidad se había servido de la propaganda y vaciado de rigor científico la narrativa histórica. La había alejado del respeto del principio de verdad imponiendo un carácter maniqueo a la explicación de los hechos y una arbitrariedad que respondía a la búsqueda de acontecimientos gloriosos en los que asentar el relato nacional (PASAMAR y PEIRÓ, 1987: 78-79). Frente a tales prácticas con fines doctrinales resultaba necesario volver al arsenal propio del historiador en el ejercicio de su actividad por lo que era necesario apropiarse de métodos, investigar nuevas fuentes, apostar por la reflexión teórica, contrastar hipótesis, favorecer interpretaciones críticas sin que todo ello supusiera una reivindicación de la objetividad a ultranza. Es más, la propuesta de aproximación al pasado de *TdH* incorpora el componente humano inherente a la escritura de la historia, por lo que se hace explícita la renuncia a privilegiar un concepto único de historia en favor de un enfoque amplio que, sin desestimar la historia positivista, abarque las corrientes emergentes en el ámbito de las ciencias sociales.

El propósito único de la fundación de esta revista es el de dar más voces a la Historia: más plurales, más diversas, más nuevas. Es también el de enfocar la Historia con una óptica lo más generosa posible, lo más amplia posible: cabe en ella desde la historia de los reinos y las batallas a la de la economía (o los conceptos económicos), desde la de las artes a la de las costumbres. [...] No deseamos ponernos más límites que los que nos pongan: nuestros colaboradores serán libres con respecto a nosotros, y lo más libres que puedan con respecto a sí mismos y al tiempo en que están inscritas sus vidas y sus obras. (HARO TECGLEN, dic. 1974: 5)

Historiografía, filosofía de la historia y ficción histórica eran bienvenidas en las páginas de la revista. Se trataba de una apertura acorde con la evolución de la disciplina pues se hacía

eco del peso de la historia económica, enfoque que entronca con la reflexión epistemológica de la Escuela de Annales y cuyos métodos habían llegado a España a través de las aportaciones de historiadores como Jaume Vicens i Vives (MARÍN GELABERT, 2010; ARÓSTEGUI, 1995: 101). Por su parte, la alusión a esas nuevas voces permite una lectura en clave política, pues se deduce una voluntad de recuperar a través de ellas esa historia silenciada por el régimen, pero también en clave metodológica pues son ellas las que hacen visibles los nuevos sujetos históricos. Obreros, campesinos, mujeres, movimientos sociales emergen como objetos de estudio conforme se introducen en España las premisas de una historia social, en simbiótica relación con el marxismo académico en sus etapas fundacionales (IZQUIERDO MARTÍN y SÁNCHEZ LEÓN, 2000: 7-49).

Tras esas intenciones de apertura debemos entender asimismo el deseo de garantizar tanto la libertad de expresión de los colaboradores como la independencia política de la revista, precisamente en un período en el que los partidos buscaban posicionarse más allá del término antifranquismo, denominador común que perdía fuerza tras su primigenio carácter federador, ante la necesidad de definirse y de formular proyectos políticos de salida de la dictadura. La pluralidad en nombre de la libertad se convertía así en una exigencia para evitar toda forma de dogmatismo, la gran amenaza que había minado desde su interior a la historiografía militante: "Tratamos de llegar a una conjunción de opiniones, investigaciones, análisis o síntesis de la mayor diversidad y pluralidad, y que su único punto de contacto sea el de la libertad" (HARO TECLEN, dic. 1974: 5). Reconocemos aquí el mismo principio editorial que había otorgado una identidad a la revista *Triunfo*, esto es, una lista de colaboradores que participaban de una cultura progresista y crítica hacia la dictadura, pero caracterizada por la heterogeneidad en lo relativo a la pertenencia generacional, la formación, el recorrido profesional y, en consecuencia, a la diversidad de enfoques y objetos de estudio.

A los pocos meses de su aparición, *TdH* daba cuenta en sus páginas de la salida al mercado de la revista *Historia internacional* en abril de 1975, dirigida por José Antonio Martínez Soler, exredactor de *Cambio 16*. Con esta publicación coincidía en la voluntad de "hacer un esfuerzo divulgativo para facilitar al mayor número posible de lectores datos del pasado para una mejor comprensión de la España y del mundo de hoy" apoyándose para ello en tres puntos esenciales "la viveza y actualidad de los temas, el rigor científico y la claridad expresiva" (*TdH*, mayo 1975: 129). Un año después, en mayo de 1976, se hacía eco de la aparición de una nueva revista, *Historia 16 (H16)* cuya primera portada era reproducida en sus páginas interiores. La alusión a la competencia entre ambas resulta inevitable: "En formato casi idéntico a *Tiempo de Historia* y similar número de páginas, *Historia 16* es la cuarta de las revistas especializadas en el tema que hoy está en el mercado. . . " (*TdH*, junio 1976: 127).

La nueva revista también apostaba por la historia contemporánea del siglo XX para inaugurar su colección, pues lo hacía con una portada que anunciaba como temática principal "Berlín: salvad a José Antonio" y en la que aparecía una fotografía del fundador de la Falange en primer plano, ante un paisaje marítimo de fondo y una bandera con la esvástica nazi ondeando en el cielo. La alusión al exilio aparece a través de un destacado rótulo que indica "Rodolfo Llopis: memorias políticas", así como por la aparición de la firma de Manuel Tuñón de Lara, único autor que aparece en portada para anunciar un artículo dedicado a "La sublevación de Jaca".

Historia y memoria se daban cita en un mismo proyecto cultural tal y como confirmaba el explícito editorial titulado "La historia perdida", una declaración de intenciones que hacía estado de los efectos producidos por el tratamiento al que había sido sometida la disciplina durante la dictadura. En tanto que proyecto periodístico, no es de extrañar que la reflexión que pauta esos primeros pasos tenga como punto de partida la actualidad y la necesidad de comprender el presente. En la presentación del primer número de la colección se puede leer:

Cuando tanto monumento de la antigüedad hispana y tanta ciudad bellísima de siglos han sido sustituidos por cajones verticales baratísimos, sin cultura, sin gusto y sin pretexto, se diría que la historia española se ha esfumado, que somos un pueblo tercermundista nacido ayer. Recorriendo el país o siguiendo día a día la actualidad, uno llega a pensar que España, o esta cosa donde vivimos, nació ayer y no sabemos muy bien si durará hasta mañana. [...] Confiamos en que nuestros lectores encuentren en estas páginas una amena y significativa resurrección de su

propia historia. (Editorial *H16*, mayo 1976: 7)

En la expresión de una concepción lineal del tiempo, queda recogido el temor a que el protagonismo de la actualidad del proceso transicional terminara condenando de nuevo al silencio el legado de la historia, confirmando así la ruptura con un parte del pasado promovida por el franquismo. Para ello el conocimiento de ese pasado se hacía urgente: la tradición liberal y las corrientes de pensamiento que acompañaron los movimientos sociales del primer tercio del siglo XX debían dejar de ser tanto un lastre como el objeto de un cierto desinterés que podía terminar invitando al olvido. No había lugar para el fatalismo en el transcurso de los hechos, ni un factor casual al que achacar los episodios más trágicos de la historia, sino que se apostaba por el conocimiento de los procesos mediante argumentos explicativos.

Una comparación con la imagen del país a través de sus cambios urbanísticos que le otorgaban una apariencia "ladrillesca y burda" era el recurso utilizado en el editorial para alertar que en el proceso de transición a la democracia la historia reciente corría el riesgo de formar parte de lo que debía quedar al margen del discurso político. No se trataba, no obstante, de una novedad, pues este temor había sido temprano y expresado por una revista de relevante capacidad crítica como *Cuadernos para el Diálogo* que, apenas a un año de la desaparición del dictador, había publicado un artículo con el clarividente título "Franco, operación olvido" (PÉREZ CEBRIÁN, 1976: 30-31). En el propósito de divulgación quedaba incorporado el cometido de elaborar un nuevo discurso nacional para el que resultaba indispensable acceder a un legado valorado como necesario para la construcción del presente.

### 3. DE LOS COLABORADORES AL LECTOR, UNA HISTORIA HECHA DE LEGADOS Y MEMORIAS

Hemos aludido a la heterogeneidad como uno de los rasgos definitorios de los colaboradores reunidos en TdH. Nacidos entre los años veinte y los años cincuenta encarnan el diálogo que la revista desea establecer entre historia reciente y memoria a través de una confluencia de miradas hacia el pasado: la de periodistas atraídos por el conocimiento histórico que desean poner las herramientas de su profesión al servicio de la divulgación de una disciplina hasta entonces asociada a un marcado elitismo y a un distanciamiento de cualquier compromiso de cambio; y la de los universitarios que aceptan participar en un nuevo canal de expresión y dotar a sus contribuciones académicas de otro marco de difusión. La enumeración es larga. Entre los primeros encontramos además de a Eduardo Haro Tecglen, firma que incorporaba acontecimientos de historia internacional, a Víctor Márquez Reviriego, que rememoraba personajes históricos y proponía lecturas a través de reseñas de una gran diversidad temática, a Enrique Miret Magadana, especialista en temas de teología y ética y representante de una visión progresista católica, a Eduardo de Guzmán, militante anarcosindicalista conocedor de la República y la guerra civil, que rescató las voces de los movimientos sociales, a José Monleón y Juan Antonio Hormigón, críticos especializado en teatro, a Diego Galán y Fernando Lara, encargados de alimentar la sección dedicada al cine. Por su parte, del mundo académico, los entonces jóvenes investigadores en historia económica y social Antonio Elorza, Manuel Pérez Ledesma, José Álvarez Junco, Albert Pérez Baró o José Luis García Delgado encuentran en las páginas de *TdH* una tribuna pública para sus trabajos de investigación, mientras que historiadores ya reconocidos como el catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma Miguel Artola, el exiliado Manuel Tuñón de Lara desde Pau o los hispanistas Pierre Vilar, Marcel Bataillon ou Edward Malefakis dan su acuerdo a la publicación de capítulos o fragmentos de sus obras. Se trataba de una invitación intergeneracional para relatar el pasado que se apoyaba en la complementariedad entre las dos profesiones y en el necesario conocimiento de marcos interpretativos generados fuera de las fronteras.

Por su parte, *H16* en su empeño de recuperar memoria e historia se apoyaba sobre profesionales, "historiadores nacionales y extranjeros de una valía indudable [que] han dado un espaldarazo a esta aventura para acompañarnos en la búsqueda de la personalidad perdida" (Editorial *H16*, 1976: 7). Esa doble procedencia era, más que sintomática, paradigmática de la recepción de la historiografía internacional y del papel determinante que los hispanistas esta-



ban desempeñando en favor del conocimiento del pasado reciente del país. En lo que respecta al ámbito académico español, ese respaldo tan imprescindible venía de la emergente historia social y económica a través de unos historiadores que representaban una disciplina en proceso de renovación tanto institucional como historiográfica. Un proceso que se hacía manifiesto en la creación de nuevas plazas de historiador en las secciones de Ciencias Políticas o Económicas, por un lado, y en la apertura hacia las ciencias sociales e influencia de la teoría marxista que experimentaban los más jóvenes, por otro (PEIRÓ MARTÍN, 2013: 78-79).

Reflejo del período de transición que caracterizó la universidad de los años setenta, sobre todo en el ámbito de la historia contemporánea, el consejo asesor reunía a dos generaciones de historiadores cuyos trabajos en sus diferentes disciplinas representaban una refundación de la historiografía. En el grupo de los veteranos nacidos en el primer tercio del siglo, encontramos aquellos que habiendo ejercido su disciplina bajo la dictadura se habían ido distanciando en el curso de los cincuenta de los ya irreconciliables principios nacionalcatolicistas y falangistas para adoptar posiciones liberales. Es el caso del ya citado Miguel Artola o de José Antonio Maravall, catedrático de Historia de Pensamiento Político Español y presidente de la Asociación de Historiadores Españoles (PASAMAR ALZURIA y PEIRÓ MARTÍN, 2002: 87-89 y 384-386, respectivamente). Ambos fueron pioneros en la incorporación de procedimientos epistemológicos y metodológicos de la historia económica y social francesa de la segunda generación de *Annales* y han sido caracterizados como re-identificadores en la medida en que “generaron las condiciones para la configuración de un público nuevo y, con el tiempo, de la comunidad de historiadores sociales. Su rasgo común era esencialmente la demanda de espacios de expresión y tolerancia civil consolidados en la Europa circundante” (IZQUIERDO MARTÍN y SÁNCHEZ LEÓN, 2000: 36-37).

En el mismo grupo de veteranos incluimos al antropólogo Julio Caro Baroja, “lobo solitario” –como lo ha calificado Carmelo Romero (PEIRÓ, 2013) –, a quien debemos la desacralización del mito del carácter nacional español en un momento en el que el poder seguía reclamando la operatividad del mismo. Y por último, formaban parte asimismo de este grupo historiadores cuyas trayectorias profesionales se inscribían en procesos de disidencia que les habían llevado al compromiso político desde posturas de oposición al régimen, como Manuel Tuñón de Lara que, tras haber realizado estudios de Derecho en Madrid se había exiliado en París en 1946 donde terminó sus estudios de historia en l'École Pratique des Hautes Etudes iniciando un camino que le llevó a obtener una cátedra en la universidad de Pau en 1964 (PASAMAR ALZURIA y PEIRÓ MARTÍN, 2002: 637-639; AUBERT y DESVOIS, 1997; CIREZ MIQUELEIZ, 2001).

Incluimos en la generación más joven a los nacidos en la década de los treinta, como Gonzalo Anes, catedrático de Historia Económica en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense, Miguel Martínez Cuadrado, profesor de Derecho Político en la Complutense, Luis González Seara, catedrático de Sociología y, ejerciendo fuera de España, Nicolás Sánchez Albornoz, catedrático de Historia en la Universidad de Rosario (Argentina). A todos ellos hay que sumar los extranjeros, Raymond Carr, catedrático de Historia Contemporánea en el Saint Antony's College de Oxford, Guy Hermet, profesor de la Sorbonne y miembro del Centre d'Étude des Relations Internationales, Gabriel Jackson, profesor de Historia de la Universidad de La Jolla de San Diego (California), Edward Malefakis, profesor de Historia en la Universidad de Columbia (NY), Hugh Thomas, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Reading, y Pierre Vilar, catedrático de Historia en la Sorbonne y director de l'École des Hautes Etudes de París.

En definitiva, historiadores o hispanistas cuyas contribuciones estaban siendo inestimables para el estudio del siglo XX español. Completaban el consejo asesor de la revista representantes de otras especialidades y períodos históricos: el catedrático de griego de la Complutense Luis Gil, el de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona Juan Maluquer de Montes, el Catedrático de Medieval de la Universidad de Salamanca José Luis Martín, el también medievalista Julio Valdeón de la Universidad de Valladolid y Marcelo Vigil, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Salamanca.

El marco periodístico al servicio de la escritura de la historia buscaba a través de la calidad de estas firmas constituir su propio público. En la medida en que se trata de proyectos editoriales que requieren una rentabilidad debemos preguntarnos por el papel atribuido al lector al que intentan fidelizar a través de un sistema de suscripciones. Si la función social del historiador

Cuando las revistas de la Transición hacen historia. Algunas reflexiones sobre divulgación y conocimiento histórico del exilio republicano

no respondía a una actitud iluminista, el lector tampoco podía quedar reducido a una simple figura difuminada en un público pasivo o relegado al consumo de un alejado discurso histórico. La exigencia de calidad y la invitación al diálogo entre autores y lectores eran premisas que imperaban en ambos proyectos como se encargan de anticipar ambas redacciones.

Estamos orgullosos de este propósito de llegar a los más posibles, fuera del círculo de especialistas y de iniciados –los cuales, por su conveniencia, no deberían estar tampoco ajenos a nuestra publicación– y sin considerar nunca que por ello deba circunscribirse a lo fácil, al lenguaje gris, al tema chillón, o al simple relato de historia de puñales y veneno. Al dedicar esta publicación al público lo hacemos sin ningún desprecio del público, sin intención de “acercamiento”: nunca se ha creído en la editorial que emite esta revista en la pretendida inferioridad del público, sino en todas las posibilidades de entendimiento y captación que el público tiene, y la realidad confirma esa idea de partida. (HARO TECGLÉN, dic. 1974: 5)

De hecho, el aprecio de *TdH* a ese público queda reflejado en “Los lectores escriben”, espacio en el que estos reaccionan a los artículos publicados e intercambian, cuestionan y discuten ideas con los colaboradores, dando lugar en ocasiones a rúbricas dedicadas al “Debate” en la que se incorporan textos que interpelan directamente a los autores, como “Carta abierta a Edward Malefakis”, por dar un ejemplo (*TdH*, sep. 1975: 125-129).

Por su parte, es revelador indicar que en el primer número de *H16* tras la página dedicada al sumario, un mensaje titulado “Cartas” antecede la publicación de la lista del consejo asesor. En él se destaca la importancia que la redacción concede al lector al que invita a desempeñar una función activa en la elaboración de la revista. Más allá del contenido propio de lo que suele ser una sección periodística habitual que permite una comunicación a distancia, la revista expresa el deseo de “convertir sus CARTAS en documentación histórica” otorgándole el estatus de fuente pues tras ellas reconoce la autoría del investigador anónimo: “auténticos especialistas en cuestiones que pueden pasar desapercibidas para el gran público, en asuntos de carácter local, en pequeñas cosas quizá, pero no por ello resultan menos interesantes” (*H16*, mayo 1976: 4). Suelen ser tres las páginas que la revista dedica a este apartado nutriendo el intercambio con los exigentes lectores.

En la preocupación por mantener ese estrecho vínculo con el público lector es precisamente donde queremos, a modo de ejemplo, insertar el tratamiento que ambas revistas hacen de la diáspora republicana que siguió a la guerra civil pues abordan el tema desde la pertinencia y la necesidad, como un imperativo del paso del tiempo ante el desconocimiento de la inmensa mayoría de españoles de las dimensiones de tal éxodo. Que las siguientes palabras del profesor de literatura Francisco Caudet valgan de ejemplo para reflejar la reflexión sobre el espíritu de reconciliación que caracterizó a este período.

Y es que a medida que el franquismo era superado por sus propias contradicciones internas y el pueblo español irrumpía como protagonista, como una fuerza dinámica a tener en cuenta, la necesidad de recuperar y reconstruir el pasado histórico ha sido cosa obligada. Que en esta hora se encuentren y den la mano la España echada de casa y la aherrojada en tierra propia, no es de maravillar (CAUDET, mayo 1977: 116).

En la tarea de apropiarse de un pasado silenciado, las colaboraciones responden a dos enfoques complementarios. Por un lado, la recuperación de la memoria plural de la “España peregrina”, lo que permite al lector el acceso a fuentes inéditas y abre la vía del testimonio a través de voces e imágenes –fotografías en su mayor parte– que vienen a dar forma a lo que había sido un pasado traumático. Hombres y mujeres cuyas ideas o actos les convertían en protagonistas de la historia, militantes y responsables políticos: Manuel Azaña, Eduardo Pons Prades, Fernando Claudín, Victoria Kent, Dolores Ibárruri, Federica Montseny o Julián Gorkin en las páginas de *TdH*; José Bergamín, Rodolfo Llopis, Diego Abad de Santillán en las de *H16*. Relatos todos ellos que venían a echar luz sobre las sombras del pasado más reciente (SARRÍA BUIL, 2008: 101-117).

Por otro, el interés de valorar un legado del exilio que incorporase la dimensión cultural y el

balance político como un referente en el proceso de reconstrucción democrática. En este sentido podemos destacar la contribución del escritor exiliado en México Juan Marichal, que recuperaba la condición de la Numancia errante formulada por Luis Araquistain pero para afirmar que el exilio español podía “enorgullecerse de haber sabido legar a su patria una continuidad ideológica, una consistencia espiritual y hasta una simple ética, que son inseparables para las tareas rectoras de la España democrática que viene” (MARICHAL, sep. 1976: 41).

Considerando este doble enfoque, 1977 se convierte en un año bisagra en la medida en que la actualidad pauta por la celebración de las primeras elecciones generales y los simbólicos retornos que personificaron la experiencia vital del desterrado, activó la reflexión sobre la cuestión de la legitimidad democrática, invitando a volver sobre el período de la segunda República y de sus instituciones en el exilio. Desde la necesidad de dar respuesta a los desafíos del acontecer presente, las dos revistas contribuyeron a crear un marco interpretativo del fenómeno del exilio republicano. Era necesario inscribirlo en la trayectoria de emigraciones de la historia contemporánea, señalar sus especificidades y hechos diferenciales, recordar el estrecho vínculo entre cultura y política que le caracterizaba, realizar un estado de la cuestión de los estudios sobre el mismo y proponer líneas de investigación para su tratamiento histórico.

“En estos momentos en que a lo mejor resulta que tenemos que inventarnos un exilio nuevo, conviene hablar del exilio viejo como tema de actualidad”. Con estas palabras Juan Tomás de Salas abrió el coloquio organizado por la revista sobre el exilio de la guerra civil que reunió a los historiadores José Luis Abellán y Tuñón de Lara, a los escritores Manuel Andújar y Eduardo Pons Prades y al dramaturgo Lauro Olmo, y que fue publicado en el número 19 de noviembre de 1977 bajo el título “La España desgajada”. Al calificarlo unánimemente de democrático, estos autores estaban poniendo los cimientos para la elaboración de un discurso nacional que pusiera fin a la identificación entre republicanismos y radicalidad que de manera tan obtusa había impregnado la conciencia colectiva de los españoles durante décadas.

## CONCLUSIONES

En el verano de 1982 las condiciones económicas hacían decantar las trayectorias de las dos revistas. Mientras *TdH* anunciaba su cierre y se despedía del lector, *H16* publicaba un artículo titulado “Historia y divulgación”, reflejo de la conciencia del equipo de redacción sobre la responsabilidad social que implicaba la tarea emprendida. Firmado por Asunción Domenech, coordinadora de la revista, recogía las conclusiones de las “Jornadas sobre la divulgación de la Historia” celebradas en la sede de la Casa de Velázquez de la Ciudad Universitaria de Madrid, que habían reunido de nuevo a profesionales de la historia y del periodismo españoles y franceses. En el transcurso de las mismas Tuñón de Lara destacaba el papel fundamental del historiador “en la formación de la conciencia cívica en las sociedades democráticas y su obligación de ofrecer respuestas a los ciudadanos que se interrogan por su pasado, por las circunstancias que han hecho posible los cambios sociales y políticos, [por lo que] es necesario aprender de dónde venimos para saber quiénes somos y entrever adónde vamos” (DOMENECH, agosto 1982: 7-10).

El papel de los medios como agentes de socialización queda así puesto de manifiesto en la labor realizada por revistas como *Tiempo de Historia* e *Historia 16*, que ocuparon un espacio relevante en el espacio público configurado a finales de los setenta. Para sus redactores reunir a una serie de plumas que apostarían por la divulgación del conocimiento histórico suponía entender el pasado reciente como preocupación y herramienta de análisis del presente de sus conciudadanos. Se trataba de una colaboración entre periodistas e historiadores que daba forma a un uso público de la historia más traumática del siglo XX español al recuperar el legado y memoria del exilio del 39, otorgándole un valor innegable como referente del proceso de construcción democrática en ciernes.

Por el recorrido personal de los colaboradores y la valía de los contenidos, las páginas de ambas revistas son el testimonio del encuentro con la práctica política, la producción cultural y la experiencia vital del exilio, una suerte de punto de llegada del proceso desmitificador de las dos Españas. De ahí la necesidad de destacar la intervención pública de historiadores cuyas trayectorias son reflejo de un tiempo y expresión de una confluencia de ideas, de transferencias

Cuando las revistas de la Transición hacen historia. Algunas reflexiones sobre divulgación y conocimiento histórico del exilio republicano

culturales y corrientes de pensamiento que participaron en la consolidación académica de la historia contemporánea. Sus aportaciones nos remiten a un tiempo crítico, de cuestionamiento del discurso histórico que llevó al historiador a franquear las puertas de la academia para ocupar un espacio en el medio periodístico a través del cual llegar al gran público. En él hizo las veces de analista distanciado pero también de observador y actor social en un contexto mediático en proceso de transformación, labores que inauguran una nueva etapa en las relaciones entre historia y sociedad al tiempo que contribuyen a redefinir la función del saber histórico.

## BIBLIOGRAFÍA

- Editorial, "Historia perdida" (mayo de 1976), en *Historia* 16, 1, p.7.
- AA. VV. (noviembre de 1977). "La España desgajada (1939-1975). Coloquio sobre El exilio de la guerra civil en *Historia* 16", en *Historia* 16, 19, pp. 25-32.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. y JULIÁ, S. (1988). "Tendencias actuales y perspectivas de investigación en historia contemporánea", en *Tendencias en Historia*. Madrid: CSIC (Encuentros en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo), pp. 53-63.
- AROSTEGUI, J. (1995). *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona: Crítica.
- AUBERT, P. y DESVOIS, J.-M. (diciembre de 1997). *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne. "Dedicado a Manuel Tuñón de Lara"*, 26. Université de Provence, CNRS.
- CASANOVA, J. (1991). *La Historia social y los historiadores, ¿Cenicienta o princesa?* Barcelona: Crítica.
- CAUDET, F. (1 de mayo de 1977). "Crónica del exilio español", en *Tiempo de Historia*, 3. Madrid, pp.116-119.
- CIREZ MIQUELEIZ, P. (2001). "Un camino sin tregua: aproximación a las aportaciones de los exiliados e hispanistas al desarrollo de la historiografía española de los años 60" en Ruiz Carnicer, M.A. y Frías Corredor, C. (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón (Huesca, 7 al 9 de julio de 1999)*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 417-433.
- DÍAZ DORRONSORO, J.M. (2012). "Los orígenes del semanario político *Cambio 16* (1971-1974)", en *Comunicación y Sociedad*, 2, Vol. XXIII. Universidad de Navarra, pp. 41-70.
- DOMENECH, A. (Agosto 1982). "Historia y divulgación", en *Historia* 16, Año VII, 76, pp.7-10.
- EZCURRA, J.A. (1995). "Crónica de un empeño dificultoso", en Alted, A. y Aubert, P. *Triunfo en su época*. Madrid: Casa de Velázquez-Ediciones Pléyades, pp.369 y 389.
- FORCADELL ÁLVAREZ, C. (2008). "Los usos públicos de la historia actual", en Capellán de Miguel, G. y Pérez Serrano, J. (eds.), *Sociedad de masas, medios de comunicación y opinión pública*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, pp.35-55.
- GARCÍA MARTÍN, J.A. (2013). *La Transición española a través de "Cambio 16"*. Tesis doctoral realizada bajo la dirección de Luis Palacio Bañuelos. Madrid: Universidad Rey Juan Carlos. <https://eciencia.urjc.es/bitstream/handle/10115/12263/Tesis%20doctoral%20Juan%20Andr%C3%A9s%20Garc%C3%ADa%20Mart%C3%ADn> [Consulta: 04 de abril de 2016]
- HARO TECGLEN, E. (1 de diciembre de 1974): "Presentación", en *Tiempo de Historia*, 1, p. 4-5.
- HARTOG, F. y REVEL, J. (dirs.) (2001). *Les usages politiques du passé*. Paris: EHHSS.
- IZQUIERDO MARTÍN, J. y SÁNCHEZ LEÓN, P. (comps.) (2000), "Introducción. Conocimiento, poder e identidad en los historiadores sociales españoles", en *Clásicos de historia social de España. Una selección crítica*, Valencia: Fundación Instituto Historia Social, pp.7-49.
- LAGUNA PLATERO, A. y MARTÍNEZ GALLEGU, F.-A. (2013). "De la dictadura al mercado: la transición de los medios de comunicación en España o dónde quedó la responsabilidad social de los medios", *Trípodos*, 32, pp.171-184.
- MARICHAL, J. (septiembre de 1976). "36 años de exilio. Las fases políticas del destierro español (1939-1975)", *Historia* 16, año I, 5, p.41.
- MARÍN GELABERT, M.À. (2010). *A través de la muralla. Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico*. Barcelona: Editorial Vicens Vives.
- PASAMAR, G. (2003). "Los historiadores y el «uso público de la historia»: viejo problema y desafío reciente", en *Ayer*, 49. Madrid: AHC-Marcial Pons, pp.221-248.



- PASAMAR G. y PEIRÓ, I. (1987). *Historiografía y práctica social en España*. Zaragoza: PUZ.
- PASAMAR ALZURIA, G. y PEIRÓ MARTÍN, I. (2002). *Diccionario Akal de historiadores contemporáneos (1840-1980)*, Madrid: Akal.
- PEDREIRA SOUTO, E. (3/2012): "Cuadernos para el Diálogo: los años del semanario. El principio del fin", en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 80, Año XXVII, pp.55-72.
- PEIRÓ MARTÍN, I. (2013). *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza: PUZ.
- PERCOURT, J. (2008). *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*. Madrid: CIS.
- PÉREZ CEBRIÁN, J.L. (20-26 de noviembre de 1976). "Franco, operación olvido", en *Cuadernos para el Diálogo*, Segunda época, 168, pp.30-31, en Muñoz Soro, J. (2006). *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid: Marcial Pons Historia, 2006, p.159.
- PLATA, G. (1999). *La razón romántica. La cultura política del progresismo español a través de Triunfo (1962-1975)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- QUIROSA-CHEYROUZE R. y MUÑOZ, R. (2009). *Prensa y democracia. Los medios de comunicación en la Transición*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- RENAUDET, I. (2003). *Un parlement de papier: la presse d'opposition au franquisme durant la dernière décennie de la dictature et la transition démocratique*. Madrid: Casa de Velázquez.
- ROUSSO, H. (2012). *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain*. Paris: Gallimard.
- SARRIA BUIL, A. (2008). "Tiempo de Historia, entre la mémoire et l'histoire" en Fourtané, N. y Guiraud, M (eds.). *Mémoire et culture dans le monde luso-hispanophone*, Vol. I, Nancy: Presses Universitaires de Nancy, pp.101-117.